

Me pregunté por qué dejaste de escribirme

antología

Natalia Litvinova



Natalia Litvinova

Poeta, editora y traductora nacida en Gómel, Bielorrusia, en 1986. Ha publicado los libros *Esteparia* (2010), *Grieta* (2012), *Balbuceo de la noche* (2012), *Todo ajeno* (2013), *Siguiente vitalidad* (2015), *Cesto de trenzas* (2018), *La nostalgia es un sello ardiente* (2020) y *Soñka, manos de oro* (2022). Su poesía intenta asir la densa bruma de la nostalgia: oficios cotidianos, animales salvajes, soles de invierno, el deshielo de los ríos, las viejas amigas y los viejos amores recrean espacios del pasado e intentan reconciliarse con el futuro. Ha traducido del ruso a poetas como Anna Ajmátova, Marina Tsvetáyeva y Nika Turbiná. Reside en Buenos Aires, Argentina, donde dirige la editorial Llantén e imparte talleres de poesía. Su obra ha sido publicada en Alemania, Francia, España, Chile, Brasil, Colombia y Estados Unidos.

Me pregunté por qué dejaste de escribirme

a n t o l o g í a

Natalia Litvinova




Colección **Roble Morado**
Tomo 6
Noviembre de 2022

Contenido

La nostalgia es un sello ardiente

Prólogo

Cuando me preguntan por la poesía de Natalia Litvinova es inevitable pensar en conjuros, rituales, maldiciones, amuletos, mujeres, cuerpo, silencios, infancia, memoria, exilio o nostalgia. Con su poesía, Natalia nos adentra en un extenso bosque, propio de su natal Bielorrusia, en donde todas estas fieras coexisten —no les teme, sabe cómo domarlas— gracias a la audacia de su escritura.

No percibo y tampoco veo diferencia alguna entre la poeta Litvinova y la persona Litvinova, probablemente porque la vitalidad de ambas radica en su mirada constante hacia la memoria y a su propio origen, y cómo ambas, memoria y origen, pueden llegar a definirnos.

La curiosidad por su origen lleva a Natalia a la infancia y a la matria; ambas aparecen en toda su obra, unas veces de manera notoria y otras como destellos. De la mano de sus versos entenderemos que ambas se reconstruyen a partir del recuerdo, pero también desde lo que ficcionamos de ellas.

De esta poeta me atrevo a decir lo que una vez Joseph Brodsky dijo de Marina Tsvietáieva: entre el arte y la existencia Litvinova puso el signo de igualdad.

Un enigma es lo que brota de lo puro
Hölderlin

Los ojos de Natalia son juguetones
a veces se unen entre sí
como dos canicas
que cambian de color
en cada choque

Seguirlos
sin perderse en sus saltos
es la mejor forma de conocerla

He visto la nieve
los ríos por los que se dejó llevar
la flor de lino
los animales que la habitan
el horizonte de la estepa
y cada silencio que ha roto

Sé de las huellas
que le deja a su bestia
la nostalgia con la que crecen
las flores en su jardín

También
sus rituales y amuletos
que solo la cuidan
cuando sus ojos no la delatan.

Johanna Barraza Tafur
Poeta
2022



Esteparia

2010



Fugas

La lengua me lleva
por los ríos turbulentos
de la infancia.
La infancia no me vio crecer,
me construí con las sobras
de la marea alta.

Para borrar huellas

Haré polvo de tus huesos
los sepultaré bajo la lluvia
inocentes niños saltarán sobre ti
pájaros lavarán sus plumas
con tus pulmones
y nunca más
podré distinguir
tu rostro
de tus siguientes
rostros.

Nacimiento

No nací, viví mi nacimiento.
me recibieron las flores
y lavaron mis restos humanos
mientras decían:
todos nos equivocamos.

Si Dios existe

Pregunto a la abuela si Dios existe.
Ríe y me cuenta acerca de la vegetación
y las trampas del bosque,
el color de los hongos venenosos
y como tiembla la nariz del búfalo.

Yo no conocí a mi madre, dice,
y no sé si Dios existe.

De todo eso me habla,
del sol frío en invierno, de su caída roja
y de las huellas breves que dejamos
en la nieve.

Grieta

2012



Florecer

Mi piel
no sabe
cicatrizar,
debe ser
indicio de algo,
como
si el cuerpo
insistiera
en permanecer
abierto,
obstinado
en florecer.

Alguien

Alguien limpia
con un pañuelo

transparente

donde me nace
la angustia.

Ojalá sea tu mano.
Ojalá te ensucie.

Los ojos

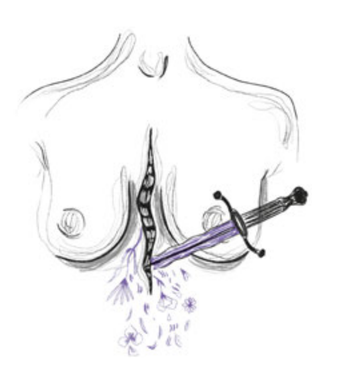
En realidad los días no pasan. Nadie envejece.
Los ojos, sirvientes de otro cielo,
trazan arrugas en los rostros,
empañan los espejos.
Les dan peso a las piedras.

Quizás los días no pasan
y las hojas no se queman.
No marchitan los jardines.
Los pájaros no abandonan continentes.
Son los ojos. Visten diminutas muertes.

Sin que nadie vea.

Balbuceo de la noche

2012



Desperté en medio de la noche.
en su mitad precisa.
cuando las nubes abren paso
a lo invisible. O no lo sé,
pero desperté con un ojo,
el otro dormía y dictaba
lo que solo los sueños saben,
balbuceo que hizo descender
los párpados.

Creí que debía acumular voces
para componer el grito exacto
y rozar con él todo lo que existe.
Pero bastó con respirar.

Sola no puedo comprender la noche,
no tengo la visión del animal.

Necesito otros ojos que hablen mi idioma
y me digan sí o no a lo que veo.

Solo
sí o no.

Todo ajeno

2013



Chernóbil

Hay días blancos y días negros.
Antes de mi nacimiento un día negro explotó
y mi abuelo no vio más colores. Los sobrevivientes
pudieron escribir su nombre en la ceniza y volver
a la oscuridad del hogar.

Manifiesto

Mi abuelo cuatro veces
muerto en la prisión
regresó a casa.
Mirándolo a los ojos
nos preguntábamos
dónde estaba.
No sé por qué en los libros
las guerras se escriben
con mayúscula
y no la lluvia
u otras cosas húmedas.

Ligereza

Mi cuerpo pierde peso
como un árbol las hojas.
Que alguien averigüe
la causa de esta ligereza.

Yo no. No puedo.

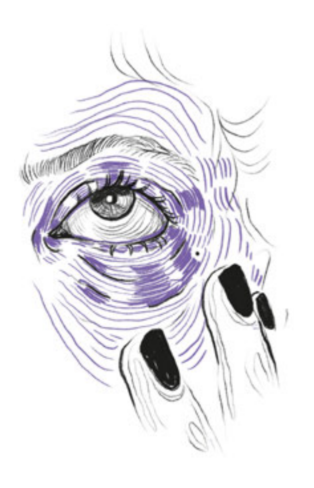
Perder es un misterio.

La perra

Me escribió para decirme que su perra murió.
Quisiera ser su perra para que me llore y abrace.
Caigo. Extiendo las patas.
El desprendimiento del espíritu
es como un calmante.
La vida se escurre en una sucesión de imágenes.
Calles. Noches. El peligro de los autos.
Antes de morir, las estrellas entregan
su último resplandor a los charcos.

Siguiente vitalidad

2015



Siberiana

Miro hacia delante y soy igual al paisaje
en el que nací, allá donde las mujeres son felices
lavando ropa en el río, la escarcha arrasada
por la corriente les raspa la piel.

Yo llevo la sangre de las mujeres
que vuelven a casa enrojecidas
como si ocultaran un amor.

Tus ojos se han vuelto mi cenicero

Días y noches te he escrito, la primera frase era:
no existe Rusia, París no existe,
besarte es besar una pared en blanco.
Miro este cuerpo tan mío,
cuántos lo han amado,
inviernos prematuros festejaron en mi vientre.
Al margen de esta hoja se escribe mi vida,
leo el testamento de Kafka
como única carta de amor.
Pronto en París caerá nieve,
en Rusia también, otra nieve
y los que me han amado
intentarán volver a mí por la fuerza.
Querido, tus ojos se han vuelto mi cenicero.
El testamento de Kafka es lo único que me queda
mientras regresan tranquilos
los que me quieren santa y desnuda.

Carta cobarde

¿Por dónde pasa la valentía?
¿Cuál es su curso?
¿Cómo es el carácter del cuidado?
¿Cuáles son sus gestos?
¿Es como la música o como quien la toca?
¿Es valiente aquel que elige callar?
¿El que lo dice todo?
Me pregunté por qué dejaste de escribirme.
Imaginé que desde tu silencio me pedías silencio.
Como a los niños, como a los perros,
como a los que se portan mal.

Equivocado

Hoy soñé que marcaba un teléfono cualquiera
y me atendías.
Te dije que estaba desnuda y que alguien
corría tras de mí.
Me respondiste que colgara
y que nadie debía alcanzarme.
Estás envejeciendo en mis sueños,
la nieve te dibuja canas.
Miras el cuerpo cansado de una rata
que no puede hacer camino a través del hielo.
No sabes si patearla hacia los copos de la muerte
o hacia los ataúdes de la nieve.

Patria

Las gitanas maldiciendo,
las monjas cruzándose de piernas.
La mano de la abuela sin un dedo.
Los caballos en el establo
se asustan ante un erizo.
La cara de Stalin en los sueños.
Dos mancos del pueblo
que se dan un abrazo,
uno de ellos predice
los días de tormenta.
La cara de Stalin en los sueños
y los omóplatos del abuelo
tatuados por sus compañeros de celda.
Mi padre cayendo sobre un peñasco
con el torso desnudo.

Un hombre se sienta a su lado
y le ofrece semillas de girasol,
ríen y escupen como se escupe
el tabaco en una película.
Me hamaco y juego a tocar a mi padre
con la punta de los pies

pero un sauce lo retrae hacia su sombra.
El misterio de los arboles lo aparta de mí.

En el fondo de la caja debajo de otras fotografías,
unas treinta imágenes te encubren, papá:
bodas, funerales, picnics, cazadores
descalzos junto a la piel del zorro
secándose en la cerca,
el ritual de las mujeres que danzan a la primavera,
encima, dándote experiencia.

La puerta de mi habitación está abierta,
es de noche y del otro lado de la ventana
una polilla arenosa se golpea contra el cristal,
me pregunto quién es,
quién ha reencarnado
y así me busca.

Que sus huesos salgan disparados de la tierra
como flores silvestres o frutos que el árbol
dejó caer sin convencimiento.

La decadencia

Lo recuerdo muy bien. Corría el año 89.
No muy lejos cayó un muro. Cambiaron
las modas y las muecas.
Solo los monumentos tardaron en desaparecer.
Los que no podían escribir, escribieron.
Los que conseguían leche en el mercado negro
tuvieron más hijos.
Todo se llenó de fe desesperada.

El golpe justo

Mi abuelo le contó su secreto a mi padre,
vi que acercó la boca a su oreja y susurró.
Quise desactivar el misterio
leyendo sus labios pero la boca miente,
aquellas palabras tenían un subsuelo.

Mi padre buscaba plazas donde correr,
era boxeador y se entrenaba para recibir golpes.
Con mi hermano solíamos acompañarlo
por las noches. En invierno
patinábamos sobre el asfalto cubierto de hielo,
masticábamos los frutos helados del serbal
y nos hacíamos los envenenados.

Mi abuelo caminaba arrastrando los pies,
fue soldado y lo encerraron
en un calabozo lleno de barro,
los pies se le empezaron a pudrir.
Mi padre no podía dejar de correr.

Cierro los ojos y no puedo soñar, paso la noche
deslizándome por las paredes de mi habitación.

Mi hermano duerme abrazado a un oso
al que le arranqué los ojos.

Me deslizo también por la primera capa de hielo
que cubre los lagos del invierno. Los alces jóvenes
mueren allí porque no se distancian
de su nacimiento.

El arte de hachar la leña para construir una isbá[1]
requiere por parte del brazo la comprensión
de la altura y de la profundidad.
Ese brazo evita que el hacha se asuste.
El golpe justo separa el pasado del futuro.

---

[1] Isbá: típica vivienda campesina rusa.

El mar de noche es un abismo si la luna no lo toca

Los poemas tristes
son un secreto homenaje a la alegría.
De ser posible, yo pediría nacer barco,
uno que va hacia su naufragio
y sabe que hay un iceberg para él.
Mi vida consistiría en aprender
a nadar tranquila.

Las muy cabronas

Me visitan cada noche
con su espíritu de sublevación,
Casandra, Juana de Arco, Dafne,
encabronadas, arrastrándose como la hiedra,
con sus raíces secas y desnudas en su corteza,
recuestan sobre mí su dulce pestilencia,
La Malinche, las andrajosas de Diane Di Prima,
vienen convertidas en laurel, en estatuas de sal,
quemadas en la hoguera.

Polaroid de Tarkovski

Quisiera ser esa polaroid que sacó Tarkovski
hacia 1977: una estatua de piedra blanca
estira el brazo y abre la mano
como si tocara el arpa o pidiera limosna.
Cuando miro una fotografía
no me trae el pasado ni los rasgos familiares,
solo los seres partidos por el amor y el odio,
su incertidumbre cabe en la palma de mi mano.
No me hermana lo que veo
sino la mirada que eterniza un instante
desde afuera.

Carta de la ausencia

Cuando entro en la escritura
me convierto en una rama llevada por el río.
En piedra que no se deja arrastrar por la corriente.
Hoy de mí brotaron poemas.
No pude más que estar con ellos.
No quiero perturbar con mi ausencia
a los que se acostumbraron a mí.
Pero miro hacia la calle y me alegra estar dentro
con palabras sobre el mundo.



Cesto de trenzas

2018



La gente de mi pueblo
es iracunda
como esclavos de tártaros.

Todas las mujeres
de mi familia
tienen un talismán
que las protege.

Yo no, pero miento
para que me traten
con cuidado.

Las mujeres de mi familia
guardan el cabello
que se cortan
en un cesto de trenzas.

Es una tradición antigua,
ya no se sabe
quién la inició.

Mechones, bucles,
pelo suelto,
cobrizo, rubio
o ceniza.

Temo que los roben
las urracas
o que lleguen
a manos de una bruja.

Si viene,
no le abras la puerta.
Y si la abres,

no la dejes pasar.
Y si la dejas,
no le des ni sal ni pan.

Todo lo que hayas tocado
lo convertirá
en su elemento,
advierte la abuela.

Los cerdos roen
los cimientos,
remueven sobras
y ruinas con sus hocicos,
comen lo que encuentran,
indiferentes al sabor.

Nosotros en cambio
nos acostumbramos
al hambre.

Ningún río será mío,
ningún amor,
aunque lo retenga
y me enseñe
a estar alerta
ante la belleza de los días.
No me conmueven las olas
o los amores del pasado.
Las raíces de los árboles
están en mi orilla
dejándose acariciar
por mi agua
que va y viene.

Una manada de osos

a punto de cruzar el río
viene hacia mí.
No tengo miedo,
sé cómo domarlos.

Bajan despacio, hermanados,
y su torpeza me da tiempo.
Sus bocas babean
intuyendo el sabor
de mi carne.

No tengo miedo,
desde hace siglos
hacemos nuestra ropa
con sus pieles.

Temo a mi voracidad.
Nadie hasta ahora
la probó.

La nostalgia es un sello ardiente

2020


O
H
N
E
C

Catalina, eres abogada

pero no podrías defenderme
de la trama familiar
ni del exceso de nostalgia.
Guardamos algo
por considerarlo pequeño
pero luego se expande
transformándonos
en su territorio.
Cuando abrí la computadora,
escribí tu apellido
e hice click
supe que te casaste
y tuviste un hijo hace dos años.
Tus fotos se destacaron
entre miles de otras,
no pensé que había
tantas portadoras
de tu nombre.
Si todas se tomaran de las manos
desde Bielorrusia,
formando una cadena,
llegarían a mí.

Te gustaría llevarme de la mano
a la habitación de tu hijo
y decirme: No salió a mí.
No se te parece, es cierto,
tiene las orejas
demasiado grandes.
Los enamorados
se escriben cartas
y las amigas
absorbemos
el agua de cada una
como dos dalias
plantadas cerca.
Nosotras, Catalina,
tampoco nos parecemos
a nuestros padres,
no nos seducen las trampas
en las que cayeron.
Hace dos décadas
que no nos vemos,
hicimos de la soledad
una perla

que nos enfría
cuando todo arde.

Te encontré en las redes,
en tu perfil dice que eres abogada.
Y comienzo a espiarte:
estás en la playa con un hombre,
¿es tu marido?
¿A dónde fueron?
¿Es su luna de miel?
En una foto celebras la navidad en familia
pero tu abuela no está.
Me llama la atención otra,
estás en un café con varias mujeres,
sostienen a sus bebés, sonríen
vestidas igual.
¿Son tus amigas?
¿Conocieron a tu abuela
que me quiso como a su nieta?

Redacto un mensaje
que no envío:
Hola, Catalina,
¿te acuerdas de mí?
Miro la manera en que abrazas a tu hija,

es igual a ti cuando tenías su edad.
Hoy en el tren vi a un muchacho,
se le desviaba el ojo izquierdo
igual que a mí.
Con un ojo puedo seguir
la lectura de un libro,
de una historia,
mientras el otro, fuera de órbita,
observa la vida.
La normalidad me daña
pero a ti te queda bien,
resalta tu belleza.

Perder todo es fácil,
lo difícil es retener algo
hasta transformarlo
en una piedra preciosa,
en amuleto.
Fácil es dejar
cada cosa
en su sitio,
difícil es regalarle
a otro
tu piedra preciosa,
tu amuleto,
sin saber
quién de los dos
nació sin suerte.

Catalina es como un caballo,
puede ver 360 grados
con la cabeza gacha.
No adora el sol,
no agradece el agua
ni lucha por la abundancia.
Su corazón se ablanda
cuando un animal
se escapa del establo
y corre sin miedo a romperse.
Una lágrima se forma
en la comisura de su ojo
pero no desciende
porque Catalina,
como los caballos,
no deja de estar alerta
ni aún mojada
por la felicidad.

Mamá lee el destino
de las personas
en los nudos del pelo.
Roza las nucas con la tijera.
Junto a cada mechón
cae una parte de sus historias.
A veces me despeino
para engañarla
y que me diga quién soy
o a quién seré capaz de amar,
que me hable todo el día
como si yo fuera
una desconocida
buscando piedad
en sus palabras.

Corro al campo
donde están las ovejas,
quietas, masticando pasto.
Elijo a una
y la envuelvo con mis brazos.
Se resiste
pero la fuerzo,
sujeto su cabeza
contra mi pecho.
Es amor
lo que persiste
cuando no hay trama.
Abrazadas somos
el peso exacto
que el viento
no puede derribar.

Nací en septiembre,
faltaba un mes
para que floreciera el azafrán
pero nací y papá susurró
no es un varón.
Septiembre se abre
a la nostalgia:
en Europa del Este,
los árboles se deshojan
y los fantasmas
de los grandes novelistas
se pasean por los parques.
Mamá y yo
hacemos fila
en un supermercado
para comprar leche.
El charco diluye
el color alegre de mi ropa,
mis ojos son dos lobelias
y mamá un floripondio vencido.

Desde chica
te enseñaron a ser a ser buena
con la gente, Catalina,
y lo fuiste,
incluso
con los que te hicieron daño.
Ciertas cosas no deberíamos
aprenderlas por experiencia.
Mil cartas
no serían suficientes
para contarme
lo que ocurrió
en todos estos años,
hay relatos que prescriben,
herbarios sin flores.

No sé las cosas que susurraba mi madre
cuando yo era bebé,
la ropa que me cosía,
los remedios con los que me curaba.
No recuerdo caricias en el pelo,
ni historias en las que yo fuera la protagonista.
Si hubiera hablado de su infancia
o de su propia madre,
de los hombres que la volvieron loca,
los lugares donde trabajó
y contado sus dolores,
algo con que identificarme,
de donde sorber gratitud,
me hubiera resultado
más dulce
cada golpe que me dio.

Catalina, hoy vi un documental
sobre esa mujer que tanto nos gustaba,
la que fue a la guerra de voluntaria
a los 15 años.
Recibió un disparo en el cuello,
sobrevivió a la operación,
se puso su uniforme y volvió al frente.
Era poeta,
sus libros circulaban en los sanatorios,
los enfermos y los heridos
hallaban en sus poemas
un hilo del que agarrarse
cuando ya no querían seguir.
Éramos muy chicas
y no sabíamos nada de la poesía
cuando tu abuela nos habló de ella.
La imaginábamos escribiendo
en la trinchera
con los bombardeos de fondo,
diferente a las mujeres
que conocíamos,
apegada a su elección,
a una historia propia.

Que la bondad
las fecunde,
dijo la loca del barrio
cuando nos vio
con la navaja
grabando nuestras iniciales
en los árboles.

Marcábamos a navajazos
nuestras iniciales en los árboles,
colgábamos condecoraciones
en las ramas
como en el pecho de los soldados
a los que les ordenábamos:
Alístense
los que estén
dispuestos a protegernos
de cualquiera que diga
que algo debe fecundarnos.

No hay mar frente
a mi habitación
sino construcciones,
envolvieron el parque
con una cinta naranja
como si hubieran
matado a alguien.
Las calles están rotas
y los niños
no pueden dibujar con tiza
sobre ellas.
Aroma a hojarasca
y humedad,
frente a la ventana
me pregunto
qué haríamos ahora
si vivieras cerca.
Las experiencias
nos van arando
como parcelas de tierra
en la parte donde deberías
estar sembrada, Catalina,

hay escombros, colillas,
que fertilizo
al invocarte.

Algunos estudios demostraron
que las amigas
que dejaron de verse en la infancia
no quieren un reencuentro.
Duele no recordar
los rasgos de una persona,
no conservar objetos
ni ropa que retenga su olor.
Sin embargo cuando nos maquillamos,
una siente que la otra
le sugiere el color para los labios.
No estamos juntas
pero nos acompañamos.
Eso dicen.

EDITORIAL
uninorte

Me pregunté por qué dejaste de escribirme
antología
Natalia Litvinova

ISBN 978-958-789-463-9 (impreso)
ISBN 978-958-789-464-6 (PDF)

Una publicación de Editorial Universidad del Norte
para circulación y distribución gratuita
en el *campus* universitario

Antología: María Angélica Pombo y Fabián Buelvas
Prólogo: Johanna Barraza Tafur
Coordinación editorial: María Margarita Mendoza
Diseño: Naybeth Díaz
Fotografía: Alberto Pombo
Ilustraciones: Valentina Urina Castillo
Diagramación: Luz Miriam Giraldo Mejía

Universidad del Norte,
Km 5 vía Puerto Colombia
Área metropolitana de Barranquilla
(Colombia)



Impreso y hecho en Colombia
DGP Editores S.A.S. | Bogotá
Printed and made in Colombia





El ***roble morado****, al igual que la poesía, necesita tiempo, la fuerza de una savia subterránea y semillas aladas para multiplicarse y dar la perfecta floración violeta propia de la sabiduría. Esta colección es también un cultivo sembrado en la tierra fértil del conocimiento.*



Vigilada Mineducación